

## Doña Rosa y los huicholes

José Ezcurdia

Don Abelardo Martínez, doña Rosa su mujer y Pedro, su hijo, que estaba de vacaciones tras haber cursado el último año de bachillerato, se encontraban amarrando las cajas con sarapes que iban a vender en la Ciudad de México. Los sarapes, les había dicho Don Filemón, que era hermano de Don Abelardo, seguro se venderían a buen precio en un almacén que un amigo suyo tenía en la capital, que distribuía artesanía mexicana para algunos centros turísticos como Acapulco o Cancún.

-Amarra bien esa caja. -le dijo Don Abelardo a su mujer- No vaya a ser que se nos desfonde nomás llegando a la estación de autobuses.

-Papá, pásame las tijeras para cortar esas puntas del mecate- le dijo Pedro a don Abelardo.

La familia Martínez tomaría el camión desde Fresnillo, a la ciudad de Zacatecas y, de ahí, un autobús a la Ciudad de México. El tío Filemón les había dado una dirección en el centro de la capital, donde los podrían recibir. Ellos nunca habían ido a México. En realidad no habían ido más allá de Fresnillo, por lo que doña Rosa estaba un poco nerviosa:

-¿Y si nos perdemos en México? Dicen que hay tantas calles que ni se ven los cerros- dijo con tono angustiado.

-No te preocupes- le respondió su marido -Filemón me escribió bien clara la dirección y además me dio un número de teléfono.

Pedro guardaba silencio. En realidad estaba ansioso por conocer la gran capital.

Al llegar a Zacatecas, en la sala de espera para tomar el autobús, doña Rosa tuvo una gran impresión: una familia de indígenas huicholes, con cajas de cartón como las suyas, hacía cola para subirse al mismo autobús que ella y su familia tomarían para ir a la capital. Doña Rosa había oído hablar de los huicholes, pero nunca los había visto. En Fresnillo no había huicholes. Nunca pensó que en su país hubiese gente que se vistiera con ropas con esos colores y con sombreros llenos de plumas.

-¿Esos indios serán creyentes como nosotros?- le preguntó a don Abelardo.

-No lo sé. Mejor ni los mires, no vaya a ser que te pidan dinero -le respondió éste, tomándola de la mano.

Pedro, que tampoco había visto un indígena huichol, guardó silencio.

Don Abelardo, doña Rosa y Pedro colocaron sus cajas en la parte baja del autobús y subieron a bordo. Su sorpresa fue grande cuando se dieron cuenta que junto a sus lugares había otra familia, de huicholes, con niños entre los brazos.

-No puede ser que estos indios viajen con nosotros- le dijo doña Rosa a su esposo -Ellos no deberían salir de sus pueblos- añadió.

-¿Por qué les tienes tanta muina? -Le preguntó don Abelardo.

-No lo sé. Son unos indios -Respondió doña Rosa, lanzando una mirada de reojo.

-¿Y qué más te da que sean Indios?- Replicó aquél.

-No sé- añadió doña Rosa en tono pensativo, y concluyó- Son diferentes.

Pedro seguía con atención la conversación de sus padres. Sin embargo, no dio su opinión.

Don Abelardo acomodaba algunas bolsas a la vez que el autobús encendió la marcha. Las televisiones del autobús permanecían apagadas. Doña Rosa estaba acostumbrada a ver su telenovela. Seguía los dramas y las comedias que cada noche protagonizaban los artistas y los famosos. Pedro, por su parte, regularmente veía el fútbol y algunas series de acción. Después de unos minutos, el autobús había entrado ya en la carretera y el único sonido, además del ruido del motor, era la conversación de los huicholes y las voces de sus niños.

-¿Por qué no encenderá el chofer la televisión?- le dijo doña Rosa a su esposo -Esos indios hablan una lengua rara que no se entiende nada y no me gusta. Y los niños no paran de cuchichear- añadió en tono molesto.

-¿Pero por qué te irritan tanto los huicholes?- le preguntó don Abelardo a doña Rosa - ¿Qué están haciendo de malo? Después de todo son personas como cualquiera.

-Deberían tener prohibido subir a los autobuses, y con mayor razón si traen niños que no se están quietos- respondió ella con un gesto de incomodidad. -En Fresnillo, a Dios gracias, no hay indios, la mayoría somos gente de buena familia.

-Tu tía abuela, por el lado de tu papá, era india. ¿No lo recuerdas?- le dijo don Abelardo en tono socarrón, trayendo a colación un tema incómodo, que nunca nadie en la familia quería tocar. -Y tus primos de San Luis Potosí, están todos reprietos- añadió en son de burla.

-En mi familia no hay indios. Los indios son inferiores- respondió doña Rosa secamente. - No les gusta trabajar. ¿A poco en tu familia no hay sangre india?- le devolvió la pregunta, ya fuera de sus casillas.

-Sí, la hay.- respondió don Abelardo -Yo respeto a cualquier cultura. Aunque son diferentes, también son personas, y todos podemos convivir como hermanos. Es importante respetar las diferencias. Me da igual si un familiar mío se casa con un indígena que con un gringo. Todos somos personas y tenemos que aprender a vivir juntos.

-¿A poco preferirías que tu hijo se casara con una indígena y no con una americana?- concluyó doña Rosa con ironía, lanzándole a su marido una mirada que ordenaba el punto final de la conversación. Después de eso guardaron silencio, perdiendo su mirada en el horizonte.

Después de un largo rato en el que nadie dijo nada, Pedro le preguntó a sus papás:

-¿Entonces los indios son inferiores? ¿Pero nosotros tenemos algo de indio? Quiero decir: si en la familia hay indios, ¿nosotros tenemos algo de indios?

-No es eso lo que tu mamá quería decir- le respondió don Abelardo, sin saber bien qué decir.

-En la escuela nos enseñaron que México es un país multicultural. Lo cual quiere decir que hay muchas culturas y todas las culturas merecen respeto. No entiendo por qué mi mamá dice que los indios son inferiores. Además, si los indios son inferiores, y nosotros tenemos sangre india en la familia, de algún modo somos inferiores. Yo no me siento menos que un gringo o que un chino.

Doña Rosa guardaba silencio y veía a don Abelardo con la intención de que fuera él quien solucionara el problema.

-Tienes razón, hijo -le dijo su papá mirándolo a los ojos- Todas las culturas merecen respeto. Nadie es inferior. Y si te casas con una gringa, da igual que si te cases con una huicholita. Igual la vamos a querer. Tu mamá tiene ideas anticuadas.

El autobús entró en una zona de curvas. Hacía mucho calor. El chofer no había encendido el aire acondicionado. Entonces doña Rosa empezó a sentirse mal.

-Traigo la presión baja- se quejó. -No desayuné. Y no traemos agua.

-¿Por qué no te tomaste tu café con pan?- le preguntó don Abelardo.

-Tengo mucho calor, me siento débil- volvió a decir doña Rosa.

El autobús atravesaba una zona montañosa. El paisaje seco solo mostraba grandes extensiones desérticas en las que el sol caía a plomo.

En ese momento una de las mujeres huicholas que viajaba en el autobús, le ofreció a doña Rosa una botella con agua.

¿Cómo supo la mujer que doña Rosa tenía sed? ¿Es que entendía su idioma? La cara dulce de la mujer huichola venció la resistencia de doña Rosa, que tomó agradecida la botella. Después la mujer le dio un tamal, que ella se comió con avidez.

Don Abelardo y doña Rosa se miraron. Ella estaba arrepentida de sus propias palabras. Pedro veía fijamente a su mamá. Los indios huicholes no sólo no le habían pedido dinero, sino que la habían ayudado en un momento de necesidad. Doña Rosa se sentía mejor, el agua le había quitado el bochorno, y la carretera había dejado atrás la zona montañosa, plagada de curvas.

-Los indios no son tan malos- le dijo don Abelardo a su mujer en voz baja.

-Bueno, como dices, después de todo, son personas- respondió ella.

-Personas como nosotros, personas como cualquiera. -añadió don Abelardo- En Zacatecas antes los trataban como animales y no podían vender sus artesanías, ni caminar por la banqueta. Les han quitado muchas tierras de cultivo y los arrimaron a la sierra. Hoy al menos se les reconocen algunos derechos.

-Hijos de Dios, al fin y al cabo- concluyó doña Rosa, al momento en que el chofer encendió las televisiones que estaban instaladas arriba en el techo, a lo largo del pasillo del autobús.

-Hijos de Dios y ciudadanos del mundo- añadió Pedro.

Dejaron su conversación sobre los huicholes e inmediatamente pusieron su atención en la televisión. Era una película americana, de esas en las que, rubias despampanantes y hombres musculosos, son perseguidos en medio de bombas y balazos por rufianes malvados.

Doña Rosa hubiera querido voltear para ver a los niños huicholes y regalarles un dulce que traía en su bolsa, pero el estruendo y el ruido de la televisión eran tan fuertes que nadie hablaba. Don Abelardo y Pedro dormían. Doña Rosa se puso a pensar: ¿Cómo nos tratarán en la Ciudad México, que dicen que es muy grande y no se ven los cerros? ¿Nos verán como indios que vienen de la sierra? ¿Cómo será la vida de mis sobrinos de Fresnillo, que se fueron de mojados a Estados Unidos, allá donde todos son rubios y millonarios? ¿Serán tratados como personas? ¿Podrán casarse con una rubia? ¿Se respetará su lengua, su manera de vestir y su forma de vida? ¿Se respetará su cultura?

Cayó la noche. En el autobús todos iban dormidos, excepto doña Rosa. Ya no hacía calor. La televisión seguía encendida, con películas norteamericanas de guerras, coches deportivos, y mujeres hermosas y multimillonarias. Un mundo parecido al de las telenovelas que doña Rosa cada noche veía y que, sin embargo, ella, ahora, intuía que no era el suyo, sino un mundo de colores y mentiras, un mundo en el que no cabía, un mundo inventado por otros.